

LA DINAMITA

(Continuación de "Patria y Letras,")

QUINCENARIO RADICAL Y LITERARIO.

QUE NO SE VENDE NI ADMITE SUBVENCIONES DE NADIE.

Fundador y Director: José María Blázquez.

En España, hace ya tiempo,
el que trabaja no come,
el vago triunfa y engorda
y el ladrón arrastra coche.

Del libro: *Latidos*.

Redacción y Administración: Colón, 5.

Suscripción: En toda España, dos meses, 25 céntimos. Extranjero, 50. Número corriente, 5. Atrasado, 10.

De los escritos firmados responderán sus autores.

Si á la Libertad doy vivas
y los guindillas me prenden,
en cuanto suelto me vea
daré los vivas más fuertes.

Del libro: *Latidos*.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Tal vez sea éste el último número de LA DINAMITA que se publique en Béjar, por ahora, á causa de no haber aquí una persona que pueda y sepa administrarle, en ausencia mía. Esta y solo ésta será la causa de la suspensión. Pero en Madrid y en otras partes también puede escribirse LA DINAMITA.—B.

Sí, soy anarquista

A mis íntimos Pepe Quilis y Leocadio Martín-Ruiz

Porque os hablo de la transformación de la Humanidad, me llamais revolucionario y anarquista y después de llamarme eso me preguntais si lo soy.

Sí, amigos míos, ambas ideas buelen en mi mente calenturienta.

Soy anarquista, porque deseo que en el mundo en que habitamos, sea todo distinto, todo lo contrario de lo que hoy es; soy anarquista, porque en mi deseo de que todo lo existente sea perfecto, detesto de la forma de gobierno en todos sus sistemas pues creo que el ser humano debe gobernarse por sí mismo; soy anarquista, porque maldigo del miserable dinero, causa única de los vicios y los crímenes que trastornan á la Sociedad, pues sin él podríamos vivir perfectamente, sir-

viéndonos los unos á los otros; soy anarquista, porque ansío el honrado trabajo para todos, pues con éste desaparecerían las ambiciones y pasiones infames, y lo que todos construyésemos sería para todos y no lo de muchos para unos pocos, como ahora ocurre; soy anarquista, porque queriendo la igualdad, no admito que haya analfabetos é ignorantes, pudiendo ser todos ilustrados, ni puedo pasar porque mientras unos ayunan, otros estén ahitos de manjares, ni puedo conformarme con que haya holgazanes, mientras que otros están sufriendo vida de esclavos, pues repartiendo por igual el trabajo, éste tocaría á una cuarta parte, y la vida se haría más llevadera y sería más larga; soy anarquista, porque pido disfrutemos de los ricos dones de la Naturaleza; lo soy, porque deseo el total perfeccionamiento de la Humanidad y ese perfeccionamiento no cabe dudar existiría, si cada uno fuese capaz de gobernarse á sí mismo, y si al no haber dinero, trabajásemos todos, cangeando los productos de unos por los de otros, sin escasear de nada y sin que el vicio, ni el crimen, ni el robo se conociesen, sobrando las cárceles y los presidios; soy lo que me llamais vosotros, porque al mismo tiempo que anhelo desaparezca lo ya expresado, ambiciono se unan todos los pueblos en uno solo, dejando de haber fronteras y patrias y por consiguiente odios de razas; soy anarquista, porque odio á la guerra y por lo mismo el derramamiento de sangre; lo soy, en fin, porque sueño con la emancipación de la mujer y con el amor libre.

Pero antes que ser anarquista, soy republicano revolucionario y trabajo con fe y constancia por el triunfo de la República, porque es-

toy convencido de que, para conseguir aquello, es preciso pasar antes por ésto, así como para ser hombre maduro es de rigor haber sido adolescente.

Ya lo sabeis, amigos míos: Sí, soy anarquista.

¿Tendreis la bondad de contestar á mis argumentos? Así lo espero.

ISAAC ANTONINO.

CARTA ABIERTA

AL

Señor Don Benito Jesús Sánchez
(PRESBITERO)

Voy á contestar al fárrago de kilométricas cartas abiertas y cerradas que, sin yo pedirlo, me acaba usted de endilgar. Pero he de procurar que mi contestación sea más breve que todos sus latosos escritos, porque no me gustó jamás perder el tiempo, cosa que á usted le complace y fruiciona en extremo, por lo visto.

Ante todo, conste que, le dispenso un señalado honor y pruebo ser más decente y más caballero que usted, con el solo hecho de contestarle, por la razón sencilla y poderosa de que usted está inutilizado para entenderse con los hombres cabales: 1.º, porque es usted cura, y los curas, *por lo general*, no razonan, sino creen á lo ciego, mejor dicho, aparentan creer para engañar á los demás y vivir del engaño. 2.º, porque usted mismo confiesa en su *Carta abierta* «ser así tan misántropo», es decir, el que aborrece á la Humanidad y huye de su trato, y claro es que mal puede entenderse con los hombres quien los aborrece y no los trata; no podía usted haberse llamado á sí propio

peor cosa que *misántropo*. Y tercero, porque también usted, *motu proprio*, se declara enfermo y casi agonizante, en varios puntos de todas sus *geniales* obras semi-póstumas á mí dedicadas; es evidente de toda evidencia que los enfermos como usted no pueden inteligenciarse, discutir ni luchar, en ningún orden de cosas, con hombres sanos como yo; ¿no comprende usted que se expone á que con razón se le tenga por loco ó chiflado y á que se afirme que sus cartas han sido escritas en el delirante paroxismo de la calentura?; eso de pensar, escribir y explicarse con lucidez estando enfermo, se queda solo para ancianos como el cultísimo, santo, laborioso y venerable Eduardo Benot, como el infatigable, científico y altruista José María de Caldo y como algunos otros hombres de cerebro grande y vigoroso que usted, *tan sabio y tan caritativo*, no conocerá seguramente y que se atrevería á insultar acaso, porque no tuvieron ó no tienen el mal acuerdo de pensar como usted. Los enfermos no van ni pueden ir á ninguna parte, por mucho que pretendan correr, sinó que se están y se deben estar en la camita, procurando su alivio. Habla usted de mi osadía; ¿hay osadía igual que presumir tontamente de poder con los demás quien no puede con su propio cuerpo, quien no tiene fuerzas bastantes para tenerse en pié? Pudiera suceder que me viniese con la cantinela de que, si está enfermo del cuerpo, no lo está del alma. Pero usted, tan amigo de citas pretenciosas de erudición económica, sabrá lo de: *Mens sana in corpore sano*, ó sea, *La mente sana en el cuerpo sano*; usted hace mucho que enfermó corporalmente, luego es natural y lógico suponer que no será mucha su salud intelectual y anímica. Creo que, dada la gran relación existente entre lo que llaman cuerpo y lo que dicen espíritu, enfermando cualquiera de ellos, enferma el otro. Es más, tengo *la osadía* de afirmar que las enfermedades del cuerpo obedecen por lo común á una anterior enfermedad del espíritu. Usted no tiene hace larga fecha salud en el cuerpo, porque mucho antes perdió la del alma. Los que odian á la Humanidad, como usted, no pueden gozar salud; los que la amamos y vivimos siempre dispuestos á sacrificarnos por ella, somos felices por todas partes y de todas las maneras y gozamos salud en todos los climas y en todos los pueblos.

Me parece que con este fácil razonamiento, que supongo al alcance de todo el que tenga no más que sentido común, he logrado inutili-

zar á usted, demostrando su incapacidad para hablar con las personas completas y encerrándole en el *callejón sin salida* en que usted, muy jactanciosamente, pretendía haberme introducido con su *Carta abierta*. Nunca hubiera creído, á no haberlo usted probado, fueran tan grandes su petulancia, vanidad y tontería. Quedamos, pues, en que á los enfermos no se les atiende cuando se ponen caprichosos ó cuando deliran, sinó que se les da el medicamento, de grado ó por fuerza y en paz. Quedamos también en que yo no debía contestar á usted hasta que recobrará la salud y se sostuviera en lo escrito durante la enfermedad; le contesto, sin embargo, como ya dije, por galantería y solo por galantería. Además, no quiero dar motivo para que ningún *santiaguete*, imbécil compinche de usted, pueda sospechar siquiera que tengo miedo á los insultos, á las calumnias y á los demás *quereres* que usted babea contra mí. Ni me asusto, ni me achico, ni retrocedo, ni me desazono. Ya lo he dicho muchas veces y lo repetiré cuantas sea preciso: me honra, me engrandece y me alegra que los clericales, que los reaccionarios, que los farsantes, que los hipócritas y que los parásitos de todas las escalas me insulten, me calumnien, me persigan y traten de herirme; cuanto más me discutan y me combatan más me engrandecerán; sus aplausos y hasta su silencio serían mi pesar más grande, mi desventura mayor y mi afrenta más terrible. Insultadme, calumniadme, perseguídmelo, combatidme, pues, sin cesar; mil gracias por anticipado.

Si usted tuviera sus facultades más sanas, expeditas y completas le propinara una contestación más extensa, más detallada y más dura, y le retaría á probar todos sus asertos frente á mí en la plaza pública. Si usted estuviera sano le llamaría canalla, miserable, sin vergüenza y otras cosas por el estilo, pero he resuelto no llamárselo, porque no quiero amargar los últimos días de su tal vez corta existencia; soy más caritativo que usted. Lo que sí he de llamarle, aduciendo como acostumbro pruebas para ello, es *cobardes*. ¿No es la mayor cobardía aguardar precisamente al día anterior al de mi salida de Béjar para insultarme y calumniarme en una *carta cerrada*? ¿No es el *sumun* de la cobardía aprovechar mi ausencia para remachar el clavo, insultándome y calumniándome de nuevo en la famosa *Carta abierta* y en la *cerrada* posterior á ella? ¿Por qué no se le ha ocurrido *volver por los fueros de la verdad y de la justicia*—como usted dice—hasta el momento pre-

ciso en que dejo á Béjar para venirme á Madrid, y al cabo de la ba de existencia mi periódico? ¿A qué obedece que haya permanecido silencioso todo ese tiempo? ¿Si creía deber suyo *vapulearme*, por qué no lo hizo cara á cara y más á tiempo? ¿No ve usted que hasta la iglesia y sus fieles tienen ahora derecho a reprocharle su cobarde tardanza? Hay más: la cobardía sube de punto considerando que, no bastándole mi ausencia, se ha escudado en su condición de enfermo para combatirme á mansalva. ¡Qué ruín y qué bajo es todo eso!

También he de llamarle *embustero*. Es mentira que me hayan echado de la Academia de san José de Salamanca; es mentira que yo fuera á dicha Academia por recomendación de ningún pariente mío, sinó por mi recomendación individual por mis méritos personales; es mentira que mi carrera sea de liebre ú obra del Escorial, porque hasta ahora no he perdido ningún curso de ella, á pesar de tener que ganar á la vez el sustento y escribir un periódico y colaborar en otros muchos; es mentira que yo haya prohibido á mis hermanas ni á nadie ir á misa; es mentira que yo haya dicho que no puedo estudiar, puesto que estoy estudiando siempre; es mentira que mi periódico me haya producido ganancia alguna, pues hasta curas hay en Béjar que lo saben y lo han confesado ingenuamente; es mentira, en fin, para no molestar ya tanto á los lectores, toda la sarta de embustes, insultos, calumnias y majaderías que usted lanza contra mí. Y es mentira, sobre todo, que nunca haya comido yo de la iglesia, porque nada puede dar quien nada tiene; lo que reparte la iglesia, tan poco equitativamente por cierto, entre monaguillos, sacristanes, curas, canónigos y obispos, lo ha robado antes á los particulares y al presupuesto de la nación, al que todos contribuimos de mil maneras; y claro está, *el que come de un ladrón há cien años de perdón*. Además, mi tío Bernabé me tuvo en su casa por ser mi tío, no por ser cura; si no hubiera sido hermano de mi padre, á buen seguro que no me hubiese querido como me quería ni me hubiera llevado á su casa, por más que hubiera sido cura un millón de veces; abrigo la firme creencia de que siendo mi tío como lo era, hubiera procedido conmigo como procedió, aún cuando no hubiera sido cura, puesto que su generosidad y amor para la familia, naturales y espontáneos, no podían en modo alguno depender de su carrera, sinó de su carácter; de su

temperamento, del talar más raba sus res, sus dotes, su los diste hubiera seguro erigiese tenemos nidad haberlo genio i pa en é melón y empañá arrinco más qu gratitu Diga u ree qu estrech beado usted didez simple yó há que us todas hacer cana, de cin lidad, otras que n tá ust trado devar el otr ha se haber zado eman te qu aplic usted otras la m Beni tir á recu recu y la N van do, más cias pata tura gur nos mer bor hur al ocu mo ¡Pu Cor ros per

temperamento, de su manera de ser, del temple de su alma. El traje calar más bien constreñía y aminoraba sus genialidades, su desintenciones, sus grandezas, sus hermosas dotes, su ingenio privilegiado, que los distendía y acrecentaba. Si no hubiera sido cura, sería hoy de seguro una celebridad á quien se erigiesen estatuas. Eso es lo que tenemos los Blázquez y la Humanidad que agradecer á la iglesia: habernos robado y oscurecido un ingenio indiscutible. No le falta culpa en esto al despótico, arbitrario, melón y cruel obispo Casas Souto, empeñado siempre en postergar y arrinconar á los curas que valen más que él y le achican. Mi eterna gratitud, pues, á mi tío, no al cura. Diga usted, don Benito, ¿no le parece que con esta argumentación le estrecho más y más en el autobombardo callejón sin salida, en que usted—dando pruebas de una candidez rayana en la bobería, en la simpleza y en la vulgaridad—creyó haberme introducido? Ya veo que usted no se ha propuesto con todas sus cartas y hojas más que hacer alardes de erudición chavacana, de ciencia huera, de osadía, de cinismo, de pequeñez, de inutilidad, de cobardía refinada y de otras cuantas cosas del mismo jaez que no quiero nombrar porque está usted enfermo. También ha entrado por mucho en sus cábalas y devaneos el ansia de llevarse para el otro mundo, ya que de nada útil ha servido en éste, la gloria de haber convertido, de haber esclavizado otra vez, á un hombre tan emancipado como yo; pero ¡límpiate que estás de huevo! Aquí tienen aplicación muchas de las citas que usted hace en sus documentos, entre otras aquella de: «no se ha hecho la miel...» Es muy repoco un don Benito Jesús Sánchez para convertir á José María Blázquez, máxime recurriendo al contraproducente recurso de la injuria, la calumnia y la farsa.

No puede escribirse nada más vano, más pretencioso, más estúpido, más insolente, más agresivo y más soberbio que esas sus primicias literarias. ¡Tarde y con mala pata se le ha ocurrido hacer literatura ínfima! ¿Piensa usted que figuren en las Antologías sus luminosas producciones? Veo que igualmente aspira con ellas á ganar la borla de doctor en guasonería, en humorismo y en sátira. ¿También al margen del sepulcro se le ha ocurrido meterse á guasón, á humorista, á satírico y á gracioso? ¡Pues qué gracias más lúgubres! Con muchos de sus chistes perreos ha logrado usted hacerme reír, pero ha sido por lo inocentes y tri-

viales. De igual modo propende usted al cacicato en sabiduría, pues habla con muchos moños de mi *supina ignorancia* y dice otras *húmildes* cosillas de igual naturaleza.

Lo que no se le puede negar á usted es una intención, una crueldad, una protervia, una furia y una saña para molestar, agraviar y herir, que jamás creí encontrar en los racionales. Si me viera precisado á elegir entre torear al más cuco, zorro, mal intencionado, traidor, ramajero y cobarde de los miuras, ó á usted, preferiría desde luego torear al miura. La intención de usted es de lo más dañino y venenoso que he visto en el mundo. Mentira parece que de un genio tan colosal y tan bondadoso naciera un *bicho tan bicho*. Ya lo he asegurado antes de ahora: los hijos de los genios suelen ser la escoria de la Humanidad.

Hasta ahora no he hecho más que defenderme un poco de las más gordas acusaciones que hace usted contra mí; voy, acto seguido, á ejercer de acusador y para ello comenzaré por preguntar; me parece que no puedo ser más inofensivo: ¿Qué fin práctico, que ideal grande, que propósito trascendente ha perseguido usted con la publicación de esa *Carta abierta* y de la hoja siguiente? ¿Qué bienes ha reportado al mundo con todo ello? ¿Resolvió por ese camino el problema de la cuadratura del círculo, el de la dirección del globo, el de los cambios, el de la nivelación de los presupuestos, el de la regeneración de España ú otro parecido? ¿Aspira usted á que pasen á la Historia tales hazañas y proezas? Vamos á ver, ¿usted qué se propuso al insultarme públicamente? ¿Convertirme? ¿No le parece á usted mal procedimiento ese para atraer y domeñar á rebeldes como yo? El insulto en letras de molde y la agresión infame por la espalda son malos exordios para lograr conversiones. Además, de haberlo conseguido ¿no hubieran sido bastantes los insultos privados? ¿A qué, pues, los públicos? Si con los primeros nada consiguió menos había de alcanzar con los segundos. Luego estos no tienen disculpa; no pueden menos de haber sido inspirados en la más recalcitrante maldad. Si yo pudiese admitir la existencia del Demonio, no como un simbolismo elocuente, sino como una realidad, creería que usted era el mismísimo Demonio, pero un demonio de mala sombra, ruín, mezquino y aficionado á los chistes de peor ley. Mal oficio ha buscado usted al fin de tanto tiempo de vagancia perpetua. Porque eso sí, usted es el más cura de todos los curas, ú sease, el más holgazán de todos los holgazanes.

Y sinó dígame ¿qué servicios ha prestado á nadie en toda su vida? ¿En qué ha sido útil á los humanos? ¿Qué obras grandes ni chicas, buenas ni malas ha producido nunca? Pero, cura del diantre, ¡si usted se ha pasado la mayor parte de su vida en la cama! ¡Si usted ni para cura, es decir, ni para vago sirve! Los curas son párrocos, ecónomos coadjutores ú otra cosa así, y usted ni para eso ha valido. Hay quien dice que cuando fué coadjutor le echaron por inepto y por algo más; ¿es tal cosa verídica? Fué usted á los jesuitas y no sirvió; fué á otras comunidades y tampoco. La parte de su vida que no estuvo en la cama, se la ha pasado corriendo de la Ceca á la Meca, sin encontrar nunca palo para ahorcarse, como Bertoldo. En un día de operaciones en Cuba, en una noche de estudio, lectura ó escritura en cualquier parte, ó en una hora de vigilancia en la decantada Academia de san José, he trabajado yo más que usted en toda su vida. ¿Y tiene usted la cínica desfachatez y la altanera arrogancia de hablarme de ociosidad? ¿Cuánto siento que no tenga usted salud para contestarle como merece! ¿Quiere usted venderme sus insultos en concepto de amonestaciones y consejos de amigo que me quiere bien, y me trata peor que el más encarnizado de mis enemigos? Es usted la procacidad y la tunería andando. Se iguala á *Santiago* y al «Pintor» y con esto queda dicho todo. A este último le plagia usted indecentemente en lo que dice en la segunda hoja, respecto á mi estancia en la famosa Academia de san José; hago extensivo á usted lo que dije oportunamente á aquel vividor.

Conservo íntegra la educación que me dió mi tío Bernabé, como hermano de mi padre, como miembro de la gran familia humana, como poeta, como luchador, como persona, como maestro, como hombre desprendido, culto y genial; de la que me dió como cura no conservo ya por fortuna ni pizca, y ojalá la hubiese perdido antes ó no me la hubiera dado nunca. ¿Porqué no se explica usted con esa claridad y nobleza? Porque los hipócritas no conocen ni de oídas tan hermosas virtudes.

Dice usted que me quita la careta. ¿Dónde está esa señora? Los que tienen careta son los que viven, se mueven y hurden en la sombra como usted, y yo realizo todas mis cosas á la luz del día, no tengo tapadillos de ninguna clase y me honro en pregonar cuanto hago, como ejemplo vivo y convincente de mis ideales sublimes, grandiosos y reudentores, inaccesibles á inteligen-

cias raquílicas y fanatizantes como la suya. No he tenido nunca más careta que la embrutecedora y oprimiente de las creencias religiosas, y esa me la he arrancado yo mismo hace tiempo, y me hago muy bien sin ella, por más que usted se empeñe en que me la vuelva á poner. Eso es lo que usted quiere, no desmascararme, sinó enmascararme de nuevo. ¡Usted si que tiene máscara sobre máscara! Allá van algunas en forma de interrogación: ¿Es verdad que llegó usted al extremo de *pegar á su madre!* como de público se dice? ¿Es cierto que una *hermanita* de los pobres se marchó embarazada, cuando usted fué capellán de aquel asilo?... Tengo en cartera otras preguntas como las anteriores, que quiero reservar por si diera usted en la flor de robarme el tiempo, haciéndome escribir más de lo escrito, acerca de su inútil persona. Tan ciego y tan encareta-do está usted que no se ha dado cuenta de que ¡hasta su nombre! enmascara con un seudónimo. ¿Se quiere más careta y más cobardía que ocultar hasta el propio nombre? ¿No se llama esto *coger en el garlito?* También yo le destapo el nombre; luego el que continúa quitando caretas no es usted, sinó yo. Le advierto, por si no quiere molestarse ni molestarme,

que yo no me callo por nada ni por nadie y que el último escrito ha de ser el mio, puesto que usted es quien provoca, y porque estoy dispuesto á contestar cuantas veces sea necesario, lo mismo desde Madrid que desde los antípodas. Tampoco pierda usted de vista que para otra vez no he de mostrarme tan *caritativo* y suave como ahora, sinó que responderé á la dureza con la dureza.

Como no quiero cebarme en usted, por más que usted se cebe en mí, concluiré por hoy diciéndole: que me inspira usted mucha lástima, mucho conmisericordia, mucha compasión, porque ha perdido la salud del alma y la del cuerpo, porque es un misántropo que no ama á nada ni á nadie, porque no ha hecho cosa útil en la Tierra, porque tiene podrido el corazón ó carece de él, y porque pesa sobre usted la mayor de las desgracias que puede afligir á un mortal: la de ser expósito, la de no llevar el apellido del padre que le enjendrará, la de no saber lo que es cariño, la de no haber gozado las delicias del hogar, la de ser hijo del pecado, según ustedes los católicos, apostólicos romanos.

Y por último un consejo, si señor, un consejo: Atienda á su quebrantada salud, que es lo que más

le interesa, y déjese de libros de caballerías; de gastos dispendiosos é inútiles que no cuadran bien en el que se llama pobre; de malbaratar el tiempo que es oro; de ejercer funciones de abogado defensor de quien no pide ni necesita su defensa; de vanidosear, presumir y tirárselas de autoridad literaria y científica; de insultar ni calumniar á nadie pretextando hacer un favor de querer ganar fama de bufón, gracioso y de payaso, al borde de la fosa; y, sobre todo, de aspirar al título de *convertidor* de impíos, revolucionarios, de rebeldes, porque ese es un oficio que tiene mucha quiebra y que arrastra fácilmente al ridículo. *Conviértase* usted... de enfermo en sano, y no se inmiscuya en lo que no le incumbe, al abrigo de la torpe y burda pretensión de *convertirme*. Cuando sea usted un hombre completo, digno y sano, nos entenderemos, sin inconveniente alguno por mi parte, en otras formas. Lo peor es que ya tiene usted estocada encima. Ah, se me olvidaba, tampoco rece usted por mí porque yo no se lo agradeceré perderá además el tiempo lastimosamente.

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ
Madrid 8 de diciembre 1903

Est. tip. de la Viuda de Aguilar

SECCIÓN DE ANUNCIOS

MÁQUINAS SINGER

PARA COSER

ÉXITO COLOSAL de las máquinas domésticas Bobina central, con las que se obtienen preciosas labores en calados, encaje inglés y bordados sobre telas, rasos y nipis.

Se venden de todos sistemas en el acreditado comercio de tejidos de la señora *Hermana de Tomás García*.

16, MAYOR, 16.

Se dan lecciones GRATIS á todas las que compran dicha máquina.

DISPONIBLE

DISPONIBLE